

# El secreto de Mokangi

**Heinz Delam Lagarde**

Lo que voy a relatar a continuación es una simple anécdota, una de tantas que permanecen amodorradas en el viejo baúl de mi memoria. Sin embargo, al igual que otras muchas de mis experiencias africanas, tuvo la virtud de trastocar algo en mi interior, hasta el punto de hacerme suponer que hoy no sería el mismo de no haber conocido a Mokangi... Pero empezaré por situar al lector en un tiempo lejano, cuando yo residía en un Zaire poscolonial que ya no existe, pues hace años que dejó de llamarse Zaire y de ser poscolonial.

Sin que vengan a cuento las razones, resulta que en cierta ocasión necesité contratar un guía para atravesar las marismas de Lopaku. Debo aclarar que esa región, que se extiende en torno al lago del mismo nombre, es particularmente peligrosa e inhóspita, siendo los batracios, cocodrilos y serpientes sus únicos moradores (eso sin contar ciertos seres que se citan en las leyendas populares, y de los que preferiría no haber oído hablar). El caso es que todos aquellos que conocían las ciénagas me habían desaconsejado que me arriesgara en aquellos parajes, sobre todo si no contaba con la compañía de un buen conocedor de la región.

Acudí pues a una aldea cercana y pregunté si alguien estaba dispuesto a acompañarme a cambio de una paga razonable. La respuesta no fue inmediata. Como es habitual entre los pueblos de la

selva profunda, todas las cosas deben decidirse sin prisas, así que primero se celebró una pequeña reunión en el centro del poblado. Se habló mucho y fui agasajado con fruta y *malafu*, una bebida local de sabor ácido.

Al término del ritual me presentaron a Mokangi.

Mi primera impresión fue de decepción: Mokangi era muy joven, casi un niño, y me inquietó su probable falta de experiencia. Así que solicité otro aspirante de mayor edad y veteranía. Pero todos insistieron en recomendarme al adolescente llamado Mokangi —que en lengua bangala significa «guardián»— como la persona más indicada para guiarme a través de los pantanos de Lopaku. No tuve más remedio que acatar la voluntad de aquellas gentes, tan hospitalarias como obstinadas, y conformarme con su única oferta.

Mokangi y yo partimos con la aurora del día siguiente, envueltos en densos vapores de humedad apenas aclarados por los primeros rayos del sol. Nos adentramos en la selva siguiendo el único sendero practicable, que se estrechaba poco a poco a medida que nos alejábamos del poblado. Caminábamos en silencio, cada uno cargado con su bolsa de pertrechos y sumergido en sus propios pensamientos. A medida que avanzaba el día, el angosto camino se volvió más tortuoso y difícil, y el aspecto sombrío de la vegetación llegó a parecerme desa-

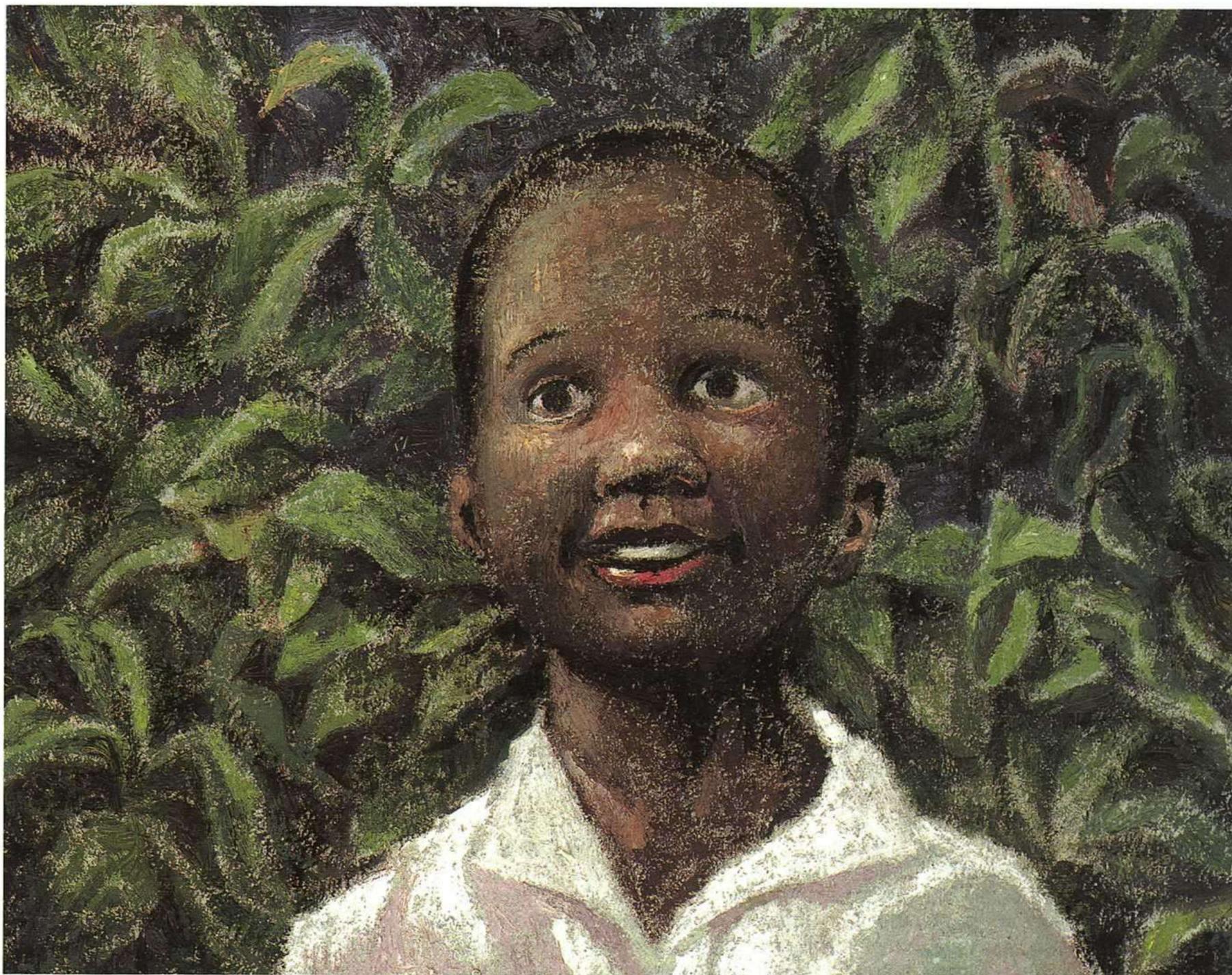
gradable, casi amenazador. Pero nada de eso inquietaba a mi incansable guía, cuyo diligente paso apenas se veía alterado por los arbustos espinosos que nos laceraban la piel, ni por las intrincadas lianas trepadoras que se enroscaban en nuestros pies. Tampoco las madejas de hilos pegajosos tejidos por invisibles arañas del género *Nephila*, que a menudo se adherían a nuestra cara y se nos enredaban en el pelo, lograban importunar a Mokangi: se limitaba a desprenderlos con gesto mecánico y sin alterar su eterna sonrisa.

Mokangi sonreía siempre, sin motivo.

Se me ocurrió que el muchacho poseía una cualidad muy útil para cualquier viajero necesitado de recorrer grandes distancias a través de la selva. ¡Cuántas veces me hubiese gustado poder conservar la calma y el buen humor en medio de la incómoda soledad del gran bosque! Eso me llevó a una conclusión inequívoca: ¡necesitaba aprender su truco!

Caminamos todo el día, sin más descanso que los escasos minutos que dedicamos a reponer fuerzas y alimentar nuestros cuerpos exhaustos —por lo menos el mío lo estaba—, con un poco de pescado ahumado, algo de *kpanga*<sup>1</sup> y un par de plátanos de nuestra bolsa de provisiones. Empecé a temer que el viaje acabaría sin darme tiempo a descubrir el misterio de la inalterable serenidad de Mokangi.

Las primeras sombras de la noche



JAVIER SÁEZ CASTÁN

africana nos alcanzaron en un terreno algo más despejado, al borde de una laguna cuyas negras aguas le conferían la apariencia de un inmenso charco de alquitrán derretido. Al parecer, Mokangi tenía previsto hacer un alto en el camino: depositó la bolsa en el barro que recubría el suelo, extendió junto a ella su estera y se limitó a decretar:

—Pasaremos la noche aquí.

—¿Aquí? —Miré inquieto alrededor—. ¿No hay un sitio mejor?

—Este sitio está bien, comparado con otros.

Un chapoteo procedente de la cercana laguna me sobresaltó. Estábamos rodea-

dos de peligros invisibles, y con un estremecimiento me pregunté qué ayuda podía esperar de aquel muchacho en caso de verdadera necesidad. Agobiado como me encontraba por la desolación de aquellos parajes, no dejaba de sorprenderme que alguien tan joven como mi compañero pareciera sentirse tan a gusto, como denotaba esa sonrisa que nunca abandonaba sus labios. Impulsado por una mezcla de envidia y curiosidad, decidí tantearle:

—Algún día tendrás que revelarme tu secreto, amigo Mokangi.

—¿Secreto yo? —Por primera vez, su sonrisa dejó paso a una expresión de es-

tupor—. Mokangi no esconde ningún secreto.

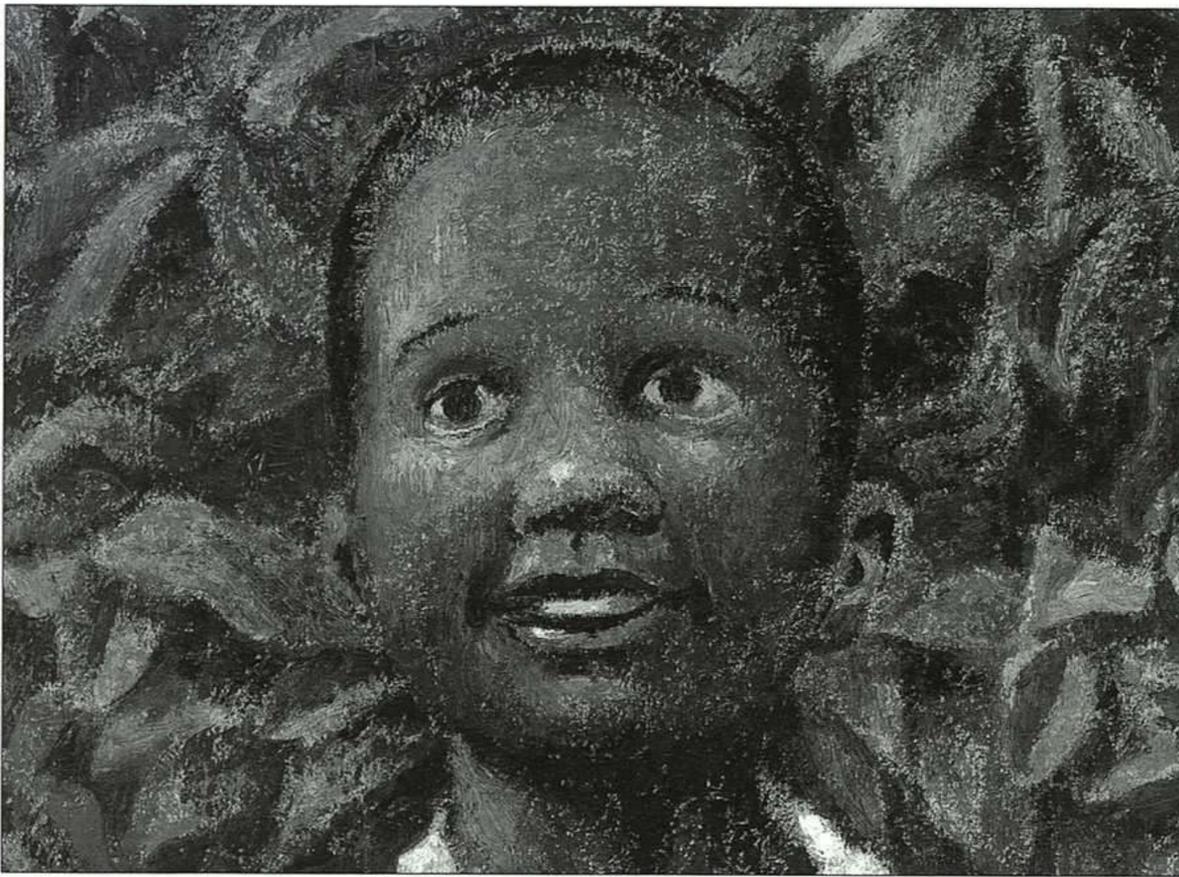
—Sí que lo escondes: tienes algún truco para mantenerte tranquilo y contento incluso aquí, en uno de los rincones más téticos de la Tierra.

La placidez volvió a instalarse en el rostro moreno del muchacho, mientras sacudía la cabeza con incredulidad.

—Eres tú quien esconde un secreto, *muzungu*.<sup>2</sup> Resulta que eres ciego y no me lo habías dicho...

—¿Ciego?

—Tienes que serlo para no *ver* la belleza de este lugar. Una belleza que nos rodea por todas partes y sólo pide que



JAVIER SÁEZ CASTÁN.

estemos dispuestos a admirarla y disfrutarla.

—Pues sí que debo estar cegato. —Volví la cabeza, abarcando con la mirada las inquietantes sombras de alrededor—. Aquí sólo crecen malas hierbas, árboles que oscurecen la luz del sol, marañas de enredaderas y espinos...

Sin dejarme acabar la frase, Mokangi se puso en pie y extendió la mano hacia la tupida vegetación que nos rodeaba. Al apartar las hojas, una pequeña joya de colores vivos y formas increíblemente bellas quedó al descubierto: era una diminuta orquídea que, de forma misteriosa y desafiando toda lógica,

había conseguido desplegar su encanto en medio de la ominosa penumbra del bosque. Conseguir una flor como aquella —si es que podía encontrarse una igual— costaría una fortuna en cualquier floristería del *mundo civilizado*. Y yo la tenía a mi alcance. Completamente gratis. Me bastaba con arrancarla y llevármela.

Acaricé los pétalos delicadísimos con la yema de los dedos y observé que se estremecían, como lo haría un ser vivo y sensible ante una caricia. Luego miré a los ojos de mi guía, y leí en ellos la poesía muda que la admiración de la orquídea inspiraba en su interior...

¡Por nada del mundo la habría arrancado!

La dejamos donde estaba, viva, alegrando la penumbra de un bosque que sólo es tenebroso para quienes no lo conocen a fondo. O para los que están ciegos de sensibilidad.

Por suerte, mi ceguera tenía cura. Entendí la singular sabiduría de los habitantes de la remota aldea cercana al Lopaku, y el criterio que les había impulsado a escoger al soñador Mokangi para guiar los torpes pasos de un extranjero, alguien sin duda incapaz de apreciar los secretos de las marismas.

A partir de entonces cambió mi talante y permití que mi maestro en el arte de leer la selva me enseñara. Sus sencillas lecciones resultaron para mí mucho más valiosas que las pedantes disertaciones de algunos que presumían de grandes conocedores de la selva. Ahora sé que detrás de cada hoja puede ocultarse un pequeño milagro de belleza, y mi caminar ha dejado de ser una tarea penosa para convertirse en promesa de pequeños misterios que sólo mis ojos podrán descubrir. Y cuanto más insensibles sean los que me rodean, mayor será la amplitud de mi sonrisa pues, al igual que Mokangi, poseo un secreto que me hace feliz...

No es de extrañar que desde mi viaje al Lopaku, a veces yo también sonría sin motivo.

#### Notas

1. Pan de mandioca, también llamado *tshikwanga*, *chikuangue*, *nkwanga* o *mangbelé*. Elaborado con harina de mandioca, que se deja fermentar en un envoltorio de hojas. Es alimento básico en muchas regiones del Zaire, y su aspecto y sabor son muy diferentes a nuestro pan.

2. En bangala significa europeo o persona de raza blanca. También se dice *mundele*.

## VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

**www.revistacliij.com**

- ▶ Consulte los sumarios de cada mes.
- ▶ Las ofertas de monográficos, números atrasados y tapas para encuadernar.
- ▶ Las tarifas de publicidad.
- ▶ Las condiciones de suscripción.